

# Trotando a Rojas

Fabienne Bradu,  
*Otras sílabas sobre Gonzalo Rojas*,  
 FCE, México, 2002.

Julio Trujillo

Para entrar en la obra poética de Gonzalo Rojas yo recomendaría cerrar los ojos y dar el primer paso. Y luego el segundo, hasta topar con pared o con esdrújula, si es que hay paredes en ese cosmos. Esdrújulas hay muchas, como ya veremos, como bien ha visto Fabienne Bradu. Quien cierra los ojos y camina está poseído por la confianza, no necesita señas ni direcciones, le basta el instinto. Este libro, *Otras sílabas sobre Gonzalo Rojas*, tiene algo de eso: confianza, instinto. Porque quien va por ahí con ojos inquisidores, buscando todas las claves e intentando explicarlas, no sólo es un iluso sino que mata, de alguna forma, la poesía. Y el material que nos ha venido regalando Gonzalo Rojas es pura poesía, aquí está, es explícita en sí misma como una piedra o una rosa. Fabienne Bradu lo sabe y su libro lo confirma: todo está en la poesía, la biografía misma está en la poesía, la poesía es la biografía. No quiero decir con esto que no sirvan los libros de crítica rigurosa sobre poesía: yo he leído algunos con placer, incluso los que me llevan de la mano y me dicen mira, aquí Góngora quiso decir esto. Claro que sirven, nos acercan, nos ilustran, pero esencialmente fracasan frente a la poesía misma, que ya lo está diciendo todo a gritos. La propia poesía fracasa en su intento de decir el mundo, de apresar el Absoluto. Aquí está el Absoluto, explícito en sí mismo como un gran estornudo. Esa derrota de la explicación, de la traducción del mundo, en mi opinión debería ser un axioma. Y todos estaríamos tan tranquilos. Este libro es, entonces, el nada pretencioso tanteo de un lector que ha gozado su materia de estudio.

Para empezar, es imposible no hablar de la portada. En ella se ve al poeta subido, casi encaramado a un árbol extraordinario. Bradu ha querido que esa imagen sea el punto de partida de su acercamiento a la obra de Rojas. Nos avisa, de entrada, que el sistema de su estudio será la ausencia de sistema. Arranca arbitrariamente con un árbol y de sus ramas se agarra para escalar por la obra del poeta, para crear su muy particular hermenéutica de una poesía rica en follaje, rebotante de savia y manifiestamente curvilínea. Confieso que esas primeras páginas de Bradu me desconcertaron. ¿Por qué empieza con un árbol? ¿A

dónde va todo esto? ¿Dónde está el método? Poco después ya estaba cómodo leyendo cómo la autora brincaba de rama en rama con total despreocupación. No dudo que alguien de temple más rectilíneo le reproche esa movilidad. Yo no. Si la poesía es como ese árbol, más vale encaramarse para conocerla.

Poco a poco, partiendo del árbol arquetípico y sin nombre, del árbol total, Bradu revela los frutos de su lectura. Pongo algunos ejemplos: la búsqueda, por parte del poeta, de la unidad en lo instantáneo, es decir la voluntad de plasmar la revelación (Rojas lo intenta con singular talento, todos los poetas de la historia del

mundo lo han intentado y muchos casi lo han logrado, si no les estorbaran las palabras...); otro ejemplo: la traslación como herramienta o proceso poético... ¿qué es eso?, ¿qué es la traslación según la autora? “Lo que mueve y se mueve en el espacio y, por ende, ata a las cosas entre sí”. “Es el proceso que nos descubre a lo Otro”, dice más adelante. Para mí, después de leer este libro, y nunca lo había pensado en esos términos, es la conciencia del poeta de que tanto a él como a Blake, o incluso a mí, es decir a cualquiera, nos ha dorado el mismo sol, y la puesta en práctica de esa conciencia, en la escritura, es un “proceso traslaticio”, según las palabras de Bradu. Sucede igual con las palabras: *pedra y preñez* se unen, en la poesía de Rojas, por un proceso traslaticio... Confieso que, según mi simple manera de ver las cosas, cuando Fabienne Bradu se puso a hablar de *traslación*, se metió en camisa de once varas, pero lo dejo apuntado como muestra de su personalísima forma de subirse a un árbol; otro ejemplo: el protagonismo del ritmo en la poesía de Rojas, tanto en su evidencia musical o eufónica como en su carga temática, y qué de acuerdo estoy con esa devoción de Rojas y con los apuntes de Bradu: una poesía sin ritmo, una vida sin ritmo es, simple y llanamente, como un baile mal bailado.

La convicción del autor en este día de Año Nuevo –escribió mi abuelo Ezra Pound, tío de Rojas– es que la música comienza a atrofiarse cuando se aleja demasiado de la danza, y que la poesía comienza a atrofiarse cuando se aleja demasiado de la música;

y podría seguir hablando de las estaciones de la obra de Gonzalo Rojas en las que Bradu decide detenerse, como su relación con el Número y lo Numinoso, su versión del “rehallazgo”, su idea de “lo abierto” –tan en consonancia con la idea que tenía Rilke de lo abierto–, su “conciencia contigua de la vida y la muerte, de la exaltación y extinción del sentimiento”, su idea de la metamorfosis de lo mismo, su obsesión por la figura del cuchillo –que comparte, de manera oblicua, con Borges–, etcétera. No puedo dejar de mencionar brevemente, ya sin etcétera, la ubicua presencia de la filosofía sufí y del tao en el estudio de Bradu. Gran parte de lo que la autora lee en Rojas viene respaldado con alguna cita sufí, y es evidente que al propio Rojas le interesa esa filosofía, o enseñanza, o proceder o como quiera llamársele, pero no al grado, creo yo, de que se convierta en la herramienta central para la exégesis de la obra. Eso sería reducirla al valor de glosa –altamente original, eso sí– de una senda o una fe, y no hay que olvidar que estamos frente a un gran hereje, un gran individuo individual que desprecie de toda religión menos de una, cuyo único man-

damiento reza: “No dejes nunca de cantar tu verdad”. Buscando y buscando, podríamos encontrar ecos de las enseñanzas del Buda o del *Bhagavad-Gita* –por poner dos ejemplos sencillos– en no pocos poetas, incluido Rojas. No dudo, tampoco, que haya sido el propio poeta quien haya guiado, consciente o inconscientemente, a la autora hacia esos terrenos, pero es entonces cuando hay que saber dudar y recordar que la poesía es una bella entidad a leguas de distancia del mortal que la urdió. Pero tal vez exagero. Prefiero pasar ahora al aspecto que más gocé de *Otras sílabas para Gonzalo Rojas*.

Fabienne Bradu tiene un oído sensible y perspicaz. Su lectura de la poesía de Rojas está permeada, en todo momento, por una atención fónica más parecida a la de un poeta que a la de un crítico literario. Se fija en el trabajo enlazador de las vocales y en las virtudes de cada una de ellas; reconoce que no hay gratuidad en las composiciones del poeta y por eso estudia el pentagrama escondido atrás de cada poema. Sabe pescar una intención, digamos, fricativa, frente a una libidinosa y labial. Agarra al vuelo las volutas que el poeta supo crear con un simple soplo. Esa vocación prosódica es la mejor parte de su estudio, porque se mete en la nuez de los poemas y desde ahí nos llama. Se detiene a hablar de la fascinación que tiene Gonzalo Rojas por las esdrújulas, por ejemplo, y entiende el por qué de esa fascinación, por qué esa acentuación particular, tónica y fónica, es un grito anaranjado en la planicie del poema y cuál es su función. Es natural, además, que un hijo del relámpago sea un apasionado de las esdrújulas, digo yo. Pero escuchemos a Fabienne escuchando a Rojas:

Hay una progresión acentual que va de navegación y número a carácter y número. Si en el primer emparejado la oposición es radical: de la deriva al timbalazo, en el segundo la acentuación de carácter parece reducir la distancia entre los dos términos al endurecer la palabra con un puntapié tónico, similar al golpe que la Cordillera le produce al hombre por dentro.

No suena mal... Ojalá hubieran sido así algunas de mis clases en la universidad.

No quiero dejar de apuntar que el tema de estudio de Bradu es una felicidad. Estamos frente a una de las poesías más vivas del idioma, más orgullosamente sonoras y sentidas; una poesía que siempre rejuvenece a quien la lee y que estimula el alma; una poesía escrita con amor total, escrita con el cerebro pero también con la soltura de la circulación de la sangre, y con mucha nariz, con mucha, pero mucha nariz. *Otras sílabas para Gonzalo Rojas* es un libro bien contagiado del estimulante oxígeno que expide la poesía de Rojas, y por esa sola razón vale la pena leerlo. ●